

STARCRRAFT®

LEGACY OF THE VOID™



BILZARD
ENTERTAINMENT

BLIZZARD ENTERTAINMENT

JIM RAYNOR: MARSHAL CONFEDERADO

Cruce de la perdición

James Waugh

Había pocas cosas en el sector Koprulu que Jim Raynor odiara más que el Cruce de la Perdición. Pero los sentimientos de un hombre hacia una región geográfica no se tienen especialmente en cuenta a la hora de definir sus labores como marshal confederado. Raynor se abrió camino una vez más hacia ese páramo infernal, en medio de las afamadas tierras áridas de Mar Sara; o, lo que es lo mismo, en medio de la nada.

El viento rugía y se escurría en torno a su aeromoto buitre, mientras cruzaba el inhóspito barranco a toda velocidad para poder regresar a casa dentro de los dos días que le había prometido a Liddy, su esposa embarazada. El aire era punzante, seco y cálido. El impenetrable desierto que se extendía bajo sus pies se había resquebrajado debido al calor del sol y parecía haber pasado una eternidad desde la última vez que el cielo lo había bendecido con un poco de humedad. Raynor pensaba que la humanidad no había sido creada para sobrevivir en entornos como este. Sin embargo, aquel hecho tan cierto aún no había impedido que lo intentara.

En la distancia podía ver un desagradable y retorcido espejismo, las difusas figuras del sheriff Glenn McAaron, un camión aerodeslizador de policía y aquello que Raynor debía recoger: un cubo prisión de tamaño medio expedido por la Confederación. Sus sombras deformadas se veían dobladas por la luz solar vespertina.

—Maldita sea —murmuró Jim al ver las siluetas con más claridad, la misma claridad con la que recordaba el beso de despedida de Liddy.

Cruce de la Perdición estaba en el centro de las infames «anomalías de banda de onda» de Mar Sara; eso significaba que, muy a menudo, el equipo de equilibrio de vectores no funcionaba y la comunicación se tornaba prácticamente imposible. Y eso se traducía en que el transporte en naves de evacuación a través del valle desierto se tornaba en una propuesta realmente peligrosa, aun cuando pudieran permitírselo. Pero el asunto era aún peor, ya que las anomalías habían

hecho que el tramo de 2400 kilómetros se convirtiese en una de las regiones menos vigiladas del planeta, incluso quizás de la galaxia. Y esto era un hecho del que los forajidos de Mar Sara y las bandas de criminales errantes tenían perfecto. Los lumbreras de la Organización de Científicos Confederados creían que las anomalías de banda de onda se debían a pulsos de electrones emitidos por las raras formaciones de cristales que brotaban cual puntiagudos y afilados cultivos desde las profundidades ricas en minerales. Sin importar cuál fuese la causa, el resultado era que a Jim le había tocado cruzar el paso más peligroso del sector para encontrarse con su sheriff menos favorito, a fin de transportar prisioneros de un lugar del planeta a otro.

—¿Has venido para recoger el cubo o para unirme a los que hay dentro, marshal? —McAaron esbozó una siniestra y desdentada sonrisita mientras Raynor detenía el buitro. Era el tipo de sonrisa irónica que dejaba claro que el humor no era precisamente el objetivo buscado.

—No es mi intención, a menos que me digas algo que me invite a cometer un delito. —Raynor escupió al suelo polvoriento. McCAaron ya no era el mismo tipo duro de antes; una protuberante barriga asomaba por encima de su cinturón de una forma bastante más evidente que la última vez que se habían visto. Esta parecía crecer con cada encuentro. El sheriff se estaba preparando para su inminente retirada del cargo.

—No me sorprendería, chaval. Tienes un historial más largo que la mayoría de criminales que traigo a este lugar. Si no contaras con los amigos que tienes, quizás serías tú el que se encontrara camino de El Indio esta tarde.

—¿Dónde está tu fe en la redención, sheriff? —Jim dejó ver su característica sonrisa de triunfador y descendió de su aeromoto. McCAaron había sido policía durante mucho tiempo y conocía el pasado de Jim. Los hombres como el sheriff eran obstinados y de mente cerrada, y su actitud hacia un ex criminal no era nada personal, sino cuestión de hábito.

—Ah, las personas no cambian, marshal. Cuando formas parte de la fuerza policial durante tanto tiempo como yo, sabes que es así. Y no pienso perderte de vista.

—Agradezco el mimo, sheriff. —Y después de un momento añadió—: ¿Qué hacemos con nuestros chicos?

Se arrodilló y miró a través de los pequeños barrotes electrificados. Los cubos de prisión de la Confederación se habían convertido en un clásico de las colonias fronterizas y de los planetas menos desarrollados, donde las naves policiales de evacuación y otras ventajas de los mundos más sofisticados eran demasiado caras como para ser consideradas. Los cubos tenían ejes magnéticos, una tecnología aérea que los mantenía estables a velocidades de hasta 480 kilómetros por hora, un entorno de temperatura controlada, asistencia para todas las necesidades biológicas y oxígeno limpio y purificado que se reabastecía cada 30 minutos. A Jim

le daba la impresión de que los criminales lo tenían mucho más fácil de lo que él lo tuvo en su día.

—Ya sabes, el grupo de costumbre preparado para una larga estadía en el hotel más sofisticado de Mar Sara. —De repente, el sheriff levantó la voz varios decibelios—. ¿Habéis escuchado eso, chicos? Os dirigís a la prisión El Indio.

Siguió una explosión de risa que acabó en una tos seca y sórdida. Una vez más, no había humor en el comentario; era más bien frío y cruel.

A Jim no le hizo gracia. La prisión El Indio no era algo para tomarse a la ligera. Se trataba de una penitenciaría de lo más resistente, pobremente financiada y que solamente albergaba a los criminales más peligrosos. El índice de supervivencia de los prisioneros de El Indio apenas si alcanzaba el 64%. Era la encarnación de la justicia de la Confederación al más puro estilo fronterizo.

—Míralos —dijo el sheriff, escupiendo sobre la arena—. Qué desperdicio de créditos fiscales, ¿eh? Con un poco de suerte, quizás no salgáis vivos del cruce.

—¿Podemos seguir con este circo mientras vamos de camino? —repuso uno de los criminales desde dentro, un tipo corpulento con un bigote negro azabache, calvo y con unos brazos del espesor de los postes de telecomunicaciones. Su cuerpo estaba cubierto de horribles tatuajes de todo el sector. Fulminó a Jim con la mirada como si nada en el mundo pudiese hacer tambalear su confianza, y mucho menos un solitario marshal, el simple chico de los recados que tenía en sus manos su inevitable destino.

—Cuidado con ese. Su madre nunca le enseñó modales. Ese de ahí es Marduke Saul, la mierda más grande que jamás hayas conocido. Está aquí por agresión, asesinato, terrorismo, secuestro, y por ser un auténtico hijo de perra. —McAaron escupió de nuevo y, esta vez, la salpicadura alcanzó el cubo, cerca de la cara de Marduke.

—Tienes suerte de que esté aquí dentro, sheriff —dijo Marduke con un gruñido.

—No me digas.

Raynor miró a Marduke fijamente. Marduke le devolvió la mirada, desafiándolo a que lo tratase del mismo modo que McAaron, retándolo a faltarle al respeto. —Joder, sheriff, no es tan malo. El chico es un osito de peluche. ¿Verdad, Saul? Tú te portas bien conmigo y yo te pago con la misma moneda. Así de fácil.

Marduke comenzó a reírse a carcajadas.

—Seré un angelito, marshal. No pienses que soy un desconsiderado; es que no veo la hora de llegar a nuestras lujosas habitaciones.

—Por favor, marshal, no me lleves a El Indio. Te lo ruego. Esto es un gran malentendido.

De la parte trasera del cubo salió un prisionero flacucho de pelo rubio y rasgos delicados. El mono naranja que vestía era demasiado grande para su desgarbado cuerpecito. Parecía estar fuera de lugar... en medio del calor del desierto y con su traje de presidiario. Encajaría mucho mejor como banquero en el sector financiero de Tarsonis.

—Ese de ahí es Rodney Oseen. Cometió delitos de poca importancia, los llamados «de guante blanco». Limpió los fondos del gobierno de Mar Sara mediante un virus informático. Es guapo, ¿no crees? No va a durar ni un día en El Indio. —McAaron se rio una vez más.

—Encantado de conocerte, Rodney. —Raynor sonrió—. Estarás bien.

—Va a ser un infierno, señor. Ya sabes las cosas que hacen en El Indio. Yo no soy un asesino. Es todo un malentendido, un juez confederado con una rencilla personal. No estoy hecho para esto.

—«No comentas el crimen si no vas a cumplir la condena», ¿verdad, Raynor? Bueno, tampoco es que tú puedas afirmar o desmentir nada, ¿eh?

—He oído historias sobre ti, marshal Jim Raynor —exclamó el tercer prisionero dejándose ver.

—T-Bone Smalls. El mayor asaltatrenes a este lado de Shiloh. Tenéis mucho en común—dijo McAaron con desprecio.

—Exactamente. Creo que el título te pertenece, ¿no? —añadió T-Bone—. Raynor analizó al personaje; le resultaba familiar. Tenía una barba como la de Jim y una cicatriz en su rostro. Joven y arrogante. —He oído hablar de tus trabajitos junto a ese tal Tychus Findlay tras la guerra. Erais una leyenda viviente para mí y para mi banda cuando aún se estaba formando.

Jim tenía una sensación extraña en el estómago. Hacía años que no escuchaba el nombre «Tychus Findlay» y prefería que siguiera siendo así. Mantenerlo en el olvido le había permitido empezar de cero y no pensar en su viejo cómplice o en la vida que con tanto esfuerzo había dejado atrás para poder redimirse. Una vida de la que Liddy le había ayudado a salir.

—Lo que no entiendo, y quizás me puedas explicar, es cómo un bandido de tal calaña al que asaltatrenes pedantes como yo admiran, terminó convirtiéndose en marshal. —T-Bone se inclinó. Jim podía sentir la mirada gélida de Marduke mientras procesaba la información. Tenía la sensación de que el asesino lo estaba evaluando.

—Veréis, chicos, aquí el amigo marshal tiene enchufes de categoría. —McAaron sonrió con aires de superioridad—. Un magistrado.

—Ya vale de gilipolceces, McAaron —dijo Raynor con firmeza.

—Yo nunca maté a un hombre, marshal. Lo que pasa es que no me gusta trabajar a cambio de un salario decente —añadió T-Bone—. No me parece justo que a ti te den una oportunidad y a mí no.

—¿Y quién ha dicho que la vida es justa? El marshal es uno de los tantos ejemplos —dijo finalmente Marduke, frío como el hielo—. ¿Nos movemos o qué?

Raynor miró a McAaron directamente a los ojos. —La próxima vez que empieces con esa mierda, sheriff, la cosa no quedará solo en palabras. ¿Estoy hablando claro?

A McAaron se le heló la sangre, y su sonrisa sarcástica se desdibujó. Por primera vez desde la llegada de Raynor, el sheriff había percibido la gravedad de la respuesta de Jim y lo cerca que estaba de despertar al viejo forajido que llevaba en su interior. McAaron podía ver el fuego que desprendían los ojos de Raynor mientras hurgaba en el morral que llevaba junto a su pierna y sacaba una pulsera digital. —Esto es un juguetito nuevo de la central. Lo llevan en los tobillos. Basta con pulsar este botón y ¡bum!, pueden despedirse de sus piernas. Y con este de aquí, ¡zas!, se revolcarán por el suelo como ratas. ¿Entendido?

Raynor cogió el dispositivo. Pudo ver que, dentro del cubo, los prisioneros tenían un gran trozo de metal fuertemente ajustado alrededor de sus tobillos.

—Yo que tú no los dejaría salir —continuó McAaron—. Hay agua suficiente dentro del cubo, y cada uno ha recibido un implante de nutrientes que debería durarles otros dos días. También regula las funciones intestinal y urinaria. Se conocen historias de convictos que han escapado de la prisión o que han provocado una pelea antes de llegar, así que más vale prevenir que curar.

—Este no es mi primer rodeo. —Jim se puso manos a la obra y enganchó el largo cable metálico del cubo a la parte trasera de su buitre. Estaba harto de perder el tiempo. El cable, hecho de una fusión reforzada con elementos catalíticos, sustancias más duras incluso que los mismísimos diamantes, había sido diseñado para mantener un enganche sólido entre el cubo y el vehículo de transporte..

—Nos vemos, sheriff. Agarraos, chicos. Puede que el trayecto sea un poco movido. —Sin esperar una respuesta, Raynor pisó el acelerador y se adentró en el desierto.

* * *

Jim no lograba acallar su mente. Nubes cargadas de pensamientos pasaban frente a él, una tras otra, recuerdos de días pasados, días en los que él y Tychus Findlay eran conocidos bandidos que vivían el día a día y robaban todo cuanto podían. Se trataba de una época de libertinaje, alcohol

sin límites, ningún interés por el mundo circundante ni intención alguna de actuar por otra cosa que no fuera puro impulso. Todos aquellos excesos casi acabaron con la vida de Jim o, lo que es peor, con vida importancia que daba al simple hecho de vivir. Jim se sorprendió de tener esos pensamientos, ahora, mientras él y su esposa esperaban un bebé y tenía su mente puesta en el futuro, en proporcionar una vida mejor que la suya a su futuro hijo. Mientras cruzaba el desierto a 320 kilómetros por hora, se preguntaba si ese pasado que atormentaba su mente era algo que su bebé llegaría a conocer algún día, y qué le diría él si así sucedía. ¿Podría enseñarle a diferenciar lo bueno de lo malo cuando él mismo había cometido tantísimos errores que parecían estar fuera de cualquier posible enmienda?

«Concéntrate, Jim. No te pierdas en este laberinto». La amenaza de la presencia de los bandidos era muy real en Cruce de la perdición. Saqueadores, piratas y otros insensibles desgraciados a quienes no les importaba nada ni nadie podían estar en cualquier parte. Todos asesinos. Lo último que podía permitirse era toparse con compañías indeseables por no prestar atención al terreno circundante. Liddy no iba a terminar siendo madre soltera porque él hubiese sucumbido a los recuerdos del pasado y empezado a cuestionar su existencia. ¡Diablos! Odiaba a McAaron.

El atardecer caía sobre las tierras yermas del desierto acompañado de una mezcla de intensos azules con pinceladas de luz roja brillante... La belleza propia de la muerte del día. El desierto lucía totalmente diferente a esta hora de la tarde. Era un paisaje místico de ensueño, donde un cielo inestable se desvanecía y las desahuciables arenas se ennegrecían para convertirse en un vasto océano sombrío. Los solitarios arbustos se disipaban en la noche y el sofocante calor del día daba paso a un frío invernal.

Incapaz de poder ver más allá del filo luminiscente del faro de su buitre, Raynor suavizó la marcha y comenzó a buscar un lugar para acampar. Había hecho 1600 kilómetros y le quedaban 800 más para llegar a su destino.

—¿Por qué paramos? —Rodney masculló cuando Raynor se dirigía a la parte trasera de su vehículo para hurgar en el portaequipajes. —No paremos... Venga, marshal, ya sabes qué cosas andan sueltas por aquí fuera.

—Calla —dijo T-Bone a Rodney—. Solo está echando una meadita, ¿verdad, marshal?

—No. Vamos a acampar.

—¿Que vamos a qué? —La voz de Rodney se agudizó de repente.

—Aunque tenga información sobre la ruta y sistemas de rastreo, ni de coña voy meterme en el Cruce con esta oscuridad. Las anomalías han alcanzado sus valores máximos este año. ¿Queréis llegar de una pieza, verdad?

—Eso mismo, marshal. Por eso nos preguntamos por qué estamos parando. —Smalls acercó la cara a los barrotes electrificados.

—¿Qué es exactamente lo que os preocupa tanto? —preguntó Raynor mientras preparaba el refugio. Encendió una luz infrarroja que iluminó su rostro.

—Los traficantes de esclavos... Son unos rufianes, pero no dejan de ser traficantes. Prefiero ser un prisionero que un sirviente al que vendan por dos duros. —Rodney estaba de los nervios.

—Es más probable que nos encuentren si seguimos avanzando. Es estando en marcha cuando deberíais preocuparos. Partiremos a primera hora de la mañana.

—¿De verdad hay traficantes de esclavos por ahí sueltos? —Marduke por fin rompió el silencio.

—La banda de Mazor. Se han hecho famosos durante el último año por asaltar a los viajeros en Cruce de la Perdición o secuestrar a investigadores científicos que vienen a estudiar los campos de minerales —añadió Smalls.

—Odio a los traficantes de esclavos —dijo Marduke con seriedad.

—¿Los has visto alguna vez? —preguntó Rodney a Raynor.

—No. Y tampoco tengo la intención de hacerlo.

Cuando Raynor terminó de montar su tienda, preparó algunas raciones de comida y separó tres adicionales. Los prisioneros se comían con los ojos la comida envasada y merodeaban cerca de los barrotes.

—Esa es una cantidad bestial de comida para un solo hombre —reprochó Smalls.

—No es todo para mí, chicos. Estoy a dieta. Supongo que querréis un poco; esas inyecciones de nutrientes no le llenan el estómago a ningún hombre. A mí también me las han puesto antes, cuando estaba en el ejército. —Raynor acercó los tres paquetes de comida al cubo y abrió el compartimento de inserción. Con un chirrido, el mecanismo introdujo la comida dentro del cubo—. Compartid como buenos niños. —Raynor sujetaba la pulsera que le había dado McAaron—. Estoy seguro de que esas pequeñas tobilleras que lleváis pueden hacer mucho daño.

—¿Por qué me miras a mí? —preguntó Marduke.

—Pareces el más hambriento, grandullón.

Los prisioneros atacaron sus raciones usando los dedos como cuchara para que no se les escapara ni un milímetro de ese pegote de carne al curry secado mediante un proceso sónico, probablemente, décadas atrás. Raynor hizo lo mismo, pero con un tenedor. Gracias a la comida

casera de Liddy, se había acostumbrado a no tener que comer mejunjes como ese. Los prisioneros, sin embargo, parecían estar disfrutando de un plato *gourmet*.

—Marshal, ¿háblanos sobre tus días de forajido? —dijo Smalls cuando terminó con su comida.

—El tío acaba de darnos comida —repuso Rodney—. Podríamos darle un respiro.

—No me digas qué tengo que hacer, pelagatos. —Smalls se abalanzó sobre Rodney a gran velocidad. Raynor alzó su brazo y señaló la pulsera.

—Tranqui, marshal. —La voz de ultratumba de Marduke era fría como el hielo—. Si hacen algo que me estropee la cena, no será usted el que tenga que encargarse de separarlos.

—Entonces, ¿solo tengo que encargarme de ti?

—Eso es.

—¿Queréis oír historias sobre mis días de asaltatrenes? —consintió Raynor—. Era un niño estúpido que no tenía otra cosa mejor que hacer. Un descarriado cabreado con el sistema que dejó a sus padres enfermos y en la pobreza, decepcionado por una guerra que fue manipulada desde el principio. Un juego para que los habitantes de Tarsonis se volviesen más ricos y para que a las personas como yo se nos fuese la vida en ello. Muchos hombres buenos murieron por nada. ¿Que era un rebelde y un sinvergüenza? Sí, sí que lo era. ¿Pero me siento orgulloso de ello? No.

—Pues yo sí. ¡Diablos! Mejor eso que ser un pobre minero confederado que tira de las sobras para llegar a ser un donnadie. —T-Bone se rio a carcajadas—. De mí no escuchará toda esa santurronería. Me convertí en un borracho y me volví torpe, y por eso me pillaron. Quieres aparentar que no eres como yo, marshal, que no te gustaba lo que hacías... o que ahora eres mejor persona. Está bien, pero eso no significa que vayamos a creerte.

—¿Y tú? —preguntó Raynor mirando a Rodney—. ¿Nos quieres contar cómo terminaste aquí?

—Yo... Creo que me volví codicioso. Quiero decir, yo no soy... no soy como estos... Creo que, simplemente, me pudo la avaricia. Una vez que empecé, ya no pude parar. La pasta llovía a raudales. Para cuando me di cuenta, era lo único que hacía.

—¿Y qué pasó con esa gente a la que pertenecía el dinero? —dijo Raynor.

—Mejor cuéntanos tú. ¿Qué pasó con la gente a la que hiciste daño, Raynor? Te sientas ahí en tu pedestal, viendo estos barrotes desde fuera, solo porque tienes un amigo importante. El sistema es injusto, y eso lo que crea a las bestias como yo. —Marduke se echó hacia atrás y añadió—: Los suertudos como tú.

Todos se quedaron en silencio durante un tiempo hasta que, finalmente, Raynor se fue a la tienda a dormir.

* * *

Un estridente griterío despertó a Raynor, que salió disparado de su refugio hacia el gélido ajeteo matutino. En el cubo prisión, Marduke sujetaba a T-Bone contra los barrotes electrificados. Ambos cuerpos crepitaban por las cargas estáticas, pero ninguno se daba por vencido.

—¡Bájame, pedazo de hijo de puta!

Raynor, sin dudarlo, dio un toque a su pulsera y la tobillera de Marduke se encendió produciendo un aumento de los estímulos nerviosos que, seguramente, le hizo sentir como si un dentista le hubiera introducido un elemento punzante y oxidado en el medio de una caries; solo que la caries en este caso era todo su cuerpo. El salvaje gritó y cayó al suelo en el cubo. Smalls se plantó encima de él y se preparó para contraatacar.

—Ni se te ocurra. —Los dedos de Raynor rozaron la pulsera.

—¡Venga, marshal! Solo un golpecito. —La sangre corría por la cara de T-Bone.

—Ni hablar —dijo Raynor mientras Smalls relajaba sus puños y se alejaba—. ¿Qué coño pasa aquí?

—Pasa que este es un bocas, y no dice más que mierdas. —Marduke sonrió a Raynor con aire satisfecho—. No iba a hacerle demasiado daño... solo el justo para ponerlo en su sitio.

—Basta de tonterías. Yo me largo, y vosotros tenéis una reserva de hotel a vuestro nombre.

Marduke le tiró un beso a T-Bone. Era el beso más amenazante que jamás se hubiera visto. T-Bone sonrió con respeto ante la bravuconería del hombre; él habría hecho lo mismo de haber estado en lugar de Marduke. Por otro lado, Rodney se volvió hacia Raynor. —¿Ves? —chilló—. ¿Ves, marshal? Yo... Yo no estoy hecho para esto. Por favor, no me llesves a El Indio. No soy como ellos.

Media hora después, estaban otra vez volando entre los cañones. El calor había vuelto con toda su fuerza, ese calor seco y sofocante que calaba hasta los huesos, sin respiro.

Cruzaron el Cañón del Juicio, un profundo barranco donde minerales grandes como colinas crecían en la zona plana de la cuenca. Raynor ascendió por encima de uno de los pilares de mena para evitar el oscuro desfiladero que se extendía debajo. Al llegar a la cima, a unos 16 kilómetros hacia el norte, pudo ver una gran columna de humo que se alzaba en los cielos. Algo así no era nada común en lugares tan desolados como este. Jim detuvo el buitre y sacó sus prismáticos.

Gracias a las lentes pudo ver el humo con más claridad. Provenía de las llamas de una explosión cercana producida en el casco de un vehículo de transporte. —Mierda —masculló para sí. La suerte le estaba jugando una mala pasada al tener que toparse con algo así justo cuando estaba a punto de completar su misión, y Liddy lo esperaba en casa con su plato favorito.

—¿Por qué paramos, marshal? —preguntó Rodney.

—Hay un vehículo de transporte en llamas a unos 16 kilómetros de aquí.

—¿Y qué? —añadió T-Bone.

—Vamos a echar un vistazo.

—Venga ya, marshal. Eso no tiene nada que ver con tu misión —aseguró T-Bone—. Tenemos que llegar a El Indio hoy mismo.

—No lo hagas, marshal —suplicó Rodney.

—A callar. —Raynor encendió el motor y aceleró en dirección al vehículo de transporte.

A medida que se acercaban, el humo se agitaba en densas nubes negras y formaba una especie de niebla oscura en torno a los restos del vehículo. Las llamas ardían en la estructura, carbonizándola. Podían observarse fragmentos dispersos por el impacto; probablemente la causa había sido un lanzacohetes que había derribado el vehículo y esparcido trozos de la carrocería por el suelo arenoso. Raynor había visto ataques similares en la guerra. Recordaba de sus días de forajido el daño que podía provocar un cohete a un vehículo de transporte. Rememoró la vez que Tychus reventó un camión blindado, volcándolo y casi matando a todos los que iban dentro. También recordó lo culpable que se sintió cuando los guardias, que intentaban huir del lugar del impacto, terminaron reducidos a cenizas junto con el dinero que él y Tychus intentaban robar.

Raynor detuvo el buitre. El penetrante olor a caucho derretido y productos químicos le obstruyó las fosas nasales. Cuerpos sin vida y con heridas lacerantes cubrían la arena; la sangre estaba comenzando a convertir el suelo en barro. Seguramente eran investigadores científicos, ya que todos llevaban trajes especiales para el clima. Las partidas de investigación eran muy comunes en Cruce de la perdición. Los minerales de la zona eran de los más ricos de la región y, a pesar de los riesgos que el área suponía, investigadores científicos y mineros de todo Mar Sara (y hasta de Chau Sara) se acercaban para hacerse con una parte del botín. Los grandes conglomerados con base en Tarsonis pagarían una buena suma de dinero a aquellos que quisieran poner en riesgo su vida para analizar la potencia de los minerales de la región y llevar de regreso la información necesaria para sintetizarlos. Existía un intenso debate sobre por qué era esta área, y no otras del sector, la producía cristales ricos en recursos. La primera organización en averiguarlo se llevaría una increíble montaña de dinero.

Jim salió de su ensimismamiento. Algo a su derecha se movía... Lentamente, puso su mano en la cartuchera de su pistola. Podía divisar el extremo de la cabeza de alguien detrás de uno de los nodos de mineral más pequeños.

—Sal de ahí ahora mismo. No quiero problemas. —Raynor se bajó de su aeromoto y se escudó detrás de ella. Al mismo tiempo, sacó su arma y esperó una respuesta. Como nadie se acercaba, se levantó con cautela.

—¿Qué haces, marshal? Ponte a cubierto —advirtió Rodney desde el cubo. Raynor guardó su arma.

—No voy a hacerte daño —gritó Raynor.

—¡Déjame en paz! —dijo una voz de mujer desde detrás de la roca de mineral—. ¡Vete!

—Soy un marshal. Sal de ahí.

—Seguro. Vete.

—Aquí está la insignia. —Raynor alzó las manos—. ¿La ves? No voy a hacerte daño. ¿Qué ha pasado?

Una mujer delgada con aspecto preocupado, vestida con un traje climatizado gris para el clima y con el rostro cubierto de hollín salió de detrás del pedrusco. Sostenía una pistola de bengalas con ambas manos y apuntaba directamente a Jim. Estaba temblando y el arma se balanceaba sin parar. —He dicho que te vayas.

—Baja la pistola de bengalas. Aparte, no funciona como piensas. Deja que te ayude—. La voz de Raynor era suave y tranquilizadora, y pudo ver cómo ella comenzaba a relajarse y bajaba el arma.

—¡Baja el arma, mujer! —gritó T-Bone desde el cubo. La mujer volvió a subir el arma.

—¡Cierra el pico, reo! —gritó Raynor antes de dirigirse de nuevo a la mujer—. Me llamo Jim Raynor. Soy un marshal confederado y estoy en una misión de traslado de prisioneros. Ellos son mi carga. Ahora, dime qué ha pasado aquí.

—Lo siento. Oh, santo cielo, lo siento mucho. —La mujer volvió a bajar la pistola de bengalas y comenzó a llorar. Raynor se acercó a ella.

—No te preocupes, ahora estás a salvo, todo está bien. Cuéntame qué ha sucedido.

—Traficantes de esclavos. La banda de Mazor. Estábamos haciendo investigaciones de campo cuando aparecieron. Atacaron el vehículo de transporte; no le perdonaron la vida a nadie. Yo me

escondí, pero descubrieron el campamento base y ahora se dirigen hacia allí. Marshal, las familias están en el campamento, el resto de nosotros. ¡Tienes que detenerlos!

—Calma. No puedo dejarte aquí.

—¡Joder si puedes! —gritó T-Bone.

Raynor se acercó a ella. —No les hagas caso. Estás a salvo, vamos.

La investigadora científica salió de detrás del pedrusco. —No, no estoy a salvo. Ninguno de nosotros lo está. Ya han asesinado a mis compañeros, por favor, no dejes que maten a los otros... Hay niños.

—¿Niños?

—Vinimos con toda nuestra comunidad. Era la única forma de hacerlo.

—¡Demonios! ¿Por qué hicisteis algo así? No puedo dejarte en este lugar.

—Dame un arma, me esconderé. Te daré las coordenadas del campamento base. Ve y sácalos de allí, al menos. ¡Por favor! No puedo dejar que les suceda lo mismo, o algo peor. Se trata de Mazor... ya sabes lo que es capaz de hacer. ¡Lo sabes!

Raynor suspiró. Quería pedir refuerzos, quería convocar a un escuadrón de soldados y arrasar a Mazor y a su banda de monstruos. Quería volver a casa con Liddy.

—Marshal, salgamos de aquí. ¡Por favor! —suplicó Rodney.

Pero Jim ya había tomado una decisión. No tenía otra opción. Desde que le habían dado una segunda oportunidad, desde que se había trasladado a Mar Sara y dejado atrás su antigua vida para comenzar desde cero, sentía la necesidad imperante de actuar para compensar por un pasado que aborrecía. Creía que podría redimirse de esa vida si ahora hacía lo que era debido. Y esto era lo debido, sin importar cuánto le doliera. Se dirigió a la caja de almacenamiento del buitre y sacó un rifle, una capa de camuflaje (un ingenioso artilugio que, al activarse, se mimetizaba con el ambiente que la rodeaba, al menos en la distancia) y algunas raciones de comida como las que había usado la noche anterior. Entregó todo a la mujer.

—Esto te puede servir. Mantente escondida, y si alguien se acerca demasiado, ya sabes lo que tienes que hacer con el arma.

—¡No hablarás en serio! —gritó T-Bone desde el cubo—. No pienso terminar siendo un esclavo. ¡Venga ya!

—Ni siquiera sabemos a lo que nos estamos enfrentando.

—Así es como la gente termina muriendo, Raynor. A nadie le importa un héroe si está muerto.

Pero Jim ya se estaba montando en su buitre. —Volveré a buscarte —dijo a la investigadora científica antes de pisar el acelerador de la aeromoto.

El piloto manual siguió las coordenadas que la investigadora científica le había dado y lo guio hacia las profundidades del Cañón del juicio. La garganta se le hacía un nudo a medida que se acercaba a su destino. Aún podía oír la melodiosa voz de Liddy diciéndole cuando partía hacia Cruce de la perdición: «Vuelve pronto. Y vuelve sano y salvo».

* * *

Raynor detuvo la aeromoto en la cima de un acantilado, se bajó, se tendió boca abajo como una lagartija y sacó sus prismáticos una vez más. Las coordenadas del campamento base parpadearon en verde hasta que el retículo se centró en un punto en el horizonte. Raynor hizo una ampliación de 100x. Ahora sí podía ver el campamento base. Era circular, tenía un escáner en la parte superior y se encontraba rodeado de depósitos de suministros. Giró hacia la derecha buscando algún movimiento, algo que indicase que los habitantes estaban seguros (o no). Fue entonces cuando vio una línea irregular de aeromotos buitre personalizadas y pintadas de negro. Algunas llevaban calaveras a modo de adorno, y una de ellas llevaba un cubo prisión modificado acoplado. Raynor pudo discernir las siluetas de dos personas esqueléticas en su interior. Era imposible saber con seguridad si se trataba de hombres o mujeres, pero parecían dos sacos de huesos recubiertos de una piel tensa y quemada por el sol. Fueran quienes fuesen, debían haber estado a la sombra desde hacía tiempo, y posiblemente no se tratara de investigadores científicos, sino de otros pobres diablos.

—Maldita sea.

—¿Los ves, marshal? —presionó T-Bone.

—Cierra la boca. ¿O quieres que nos descubran? —contestó Raynor.

—Los ves, entonces. Los ves. ¡Ay, tío! —lloriqueaba Rodney.

Raynor siguió analizando el lugar. ¿Dónde estaban? ¿Dónde estaban los niños? Después vio a un grupo de hombres y mujeres, formados en fila, con las manos en la cabeza y dirigidos por un hombre con una cresta teñida de rojo, pantalones negros y un chaleco de piel sobre el pecho desnudo y lleno de tatuajes. Tenía un collar de púas y un pendiente en la nariz. Raynor sintió un vacío en el estómago... era la banda de Mazor.

Siguió mirando el lugar y vio a más de ellos. Pudo contar unos diez, todos armados. Se dio cuenta de que habían separado a los niños de sus padres y los habían puesto en una fila diferente.

¡Mierda! —masculló Raynor. Lo superaban en número, en armas, y estaba a 160 kilómetros de distancia del camión de transporte de prisioneros. Nadie vendría a investigar por esta zona.

Volvió a mirar a través de sus prismáticos. El retículo se centró en un jovencito al que empujaban hacia la fila de los niños. Ahora, eran cuatro en total. Raynor alzó la vista y reconoció aquel rostro que había visto ya millones de veces en los carteles de «Se busca», en mensajes de video o en actualizaciones interplanetarias de orden público. Se trataba del mismísimo Mazor. Era calvo, tenía una barba blanca como la nieve, un porte musculoso y un evidente implante óptico cibernético de color rojo brillante.

—La madre que me parió... —Miles de pensamientos atravesaron la mente de Raynor, pero todos llegaron a la misma conclusión: iba a tener un bebé, a traer una vida a un mundo donde merodeaban hombres como Mazor.

—¿Están allí abajo? —preguntó Marduke.

—Sí.

—¡No, no, no! —lloriqueó Rodney.

—Entonces, ¿qué piensas hacer, marshal? —preguntó T-Bone—. ¿Vas a dar aviso de la situación cuando salgamos del cruce o qué?

—¡Marshal, mira! —Era Marduke. Raynor dejó rápidamente los prismáticos y se giró justo a tiempo para ver cómo un explorador de la banda de Mazor cruzaba el barranco a toda velocidad. Pudo ver el reflejo del sol en las gafas de este cuando le dirigió una mirada.

—Maldita sea. —Jim se lanzó sobre el buitre y empezó a jugar con unos botones y ruedecillas—. Tengo que bloquear su comunicador. ¡Vamos, vamos! ¡Bingo! —Un sonido agudo de alta frecuencia llenó el aire, se estableció la conexión y el comunicador del explorador dejó de funcionar. Raynor cogió su rifle de la parte trasera del buitre y caminó hacia el borde del acantilado.

Observó a través de las lentes del rifle de francotirador, agrandó la imagen y cargó el arma. Por un instante, la aeromoto buitre parecía volverse más y más distante... Respiró hondo, apuntó a su objetivo y apretó el gatillo con convicción. Odiaba tener que hacerlo de esta forma, pero era la única manera.

El rifle dio un fuerte culatazo y el disparo alcanzó al explorador. Este cayó de su aeromoto y el buitre derrapó sobre el suelo desértico. Había sido un disparo excelente, el mismo tipo que hubiese hecho Tychus con orgullo durante la época de forajido de Raynor, el mismo tipo que pudiese haber hecho Ryk Kydd, el francotirador de su escuadrón. Sin embargo, este disparo iba a traer problemas. «Si el explorador no contesta, vendrán a ver qué pasa», pensó Jim. Eso

complicaba las cosas. Tenía que decidir qué hacer y hacerlo ahora. Tenía entre manos un explorador muerto, unos traficantes de esclavos llevándose a unos niños, otros preparándose para matar a los investigadores científicos y tres convictos apiñados en el cubo prisión. Superado en número y en armas.

Raynor se acercó al cubo. Miró fijamente a Marduke Saul. —¿Sabes usar un lanzaproyectiles?

—Diría que sí —dijo Marduke con una sonrisita ladina.

—¿Y tú, *bocachancla*? ¿Sabes cómo usar un lanzagujas o un lanzaproyectiles? —La mirada de Raynor se posó sobre T-Bone.

—¿Tú qué crees?

—¿Y tú, Rodney? ¿Has usado alguna vez un arma de fuego?

—Yo... bueno...

—Este nunca ha tocado un arma —interrumpió T-Bone.

—Sí que lo he hecho. Claro que lo he hecho —respondió Rodney.

Raynor volvió a girarse hacia el cañón que yacía a sus pies. Una ráfaga de viento proveniente del valle golpeó su rostro. Se sentía frío y seco bajo el cálido sol y le recordaba sus días en Shiloh. Volvió a mirar al interior del cubo.

—Supongamos que hacemos un trato. Allí abajo hay diez asesinos desalmados que están capturando a los investigadores científicos y a sus hijos para convertirlos en esclavos o vete tú a saber qué. Pronto vendrán en busca de ese explorador y está claro que yo solo no puedo manejar esta situación.

—Desde luego que no puedes —interrumpió T-Bone—. Además, diría que ni siquiera tienes las habilidades necesarias.

—La cosa es que estáis vosotros tres aquí dentro y mi buitre está lleno de armas, minas araña y todo tipo de cosas desagradables.

—Marshal, no es una idea muy brillante poner armas en las manos de tres conocidos convictos.

—No, no lo es, Smalls. Pero todavía tengo aquí esta pulsera con seis botones que puede inmovilizaros con mucho dolor o haceros desaparecer para siempre. Si tienes alguna duda, pregúntale a Marduke. Así que no es una idea tan estúpida después de todo.

—Explícame por qué íbamos a ayudarte —dijo Smalls acercándose a los barrotes.

—¿Qué te parece si hablo con la gente de El Indio? Ayudar a un marshal confederado en una situación como esta podría hacerte sumar algunos puntos con el alguacil.

—O hacer que los otros prisioneros quieran matarnos —añadió Marduke con una burla.

Raynor sabía que tenía razón. No era el tipo de argumento que lograría persuadirlos. Una vez más, le vino a la cabeza aquella época en la que él estaba en el lugar de los convictos. Pensó en lo atractivo que le resultaba al principio vivir una vida en fuga constante hasta que todo se le fue de las manos y se convirtió en un aparente carrusel de arrepentimiento sin salida. Hasta que el magistrado de Mar Sara, un hombre al que tenía suerte de conocer desde su juventud, vio algo en él, le dio una segunda oportunidad y le hizo la oferta que cambió su vida...: lo convirtió en un marshal confederado. Ya nunca más sería más un criminal.

—De acuerdo, grandullón. —Raynor se inclinó hacia él. Sabía que el tiempo se estaba agotando y tenía que actuar deprisa—. ¿Alguna vez has pensado en redimírtela redención?

—¿Quieres decir como tú? —interrumpió T-Bone—. ¿Con la ayuda de un pijo de alta categoría que me deje hacer borrón y cuenta nueva?

—Exacto. Ayúdame a salvar las vidas de esas personas y yo fingiré que fuimos asaltados y que todos vosotros fuisteis capturados.

—A ver si lo he entendido bien —continuó Marduke—: nosotros te ayudamos ¿y tú nos dejas libres?

—Lo considero un trato justo. Creo que sería como daros la misma oportunidad que yo tuve en su momento.

—¿Vas a dejar a este asesino en libertad? —dijo T-Bone con el ceño fruncido—. ¿Sabes lo que ha hecho?

—Bueno, yo acepto —dijo Rodney—. Vaya si acepto. ¿Una oportunidad para librarme de ir a El Indio? Cuenta conmigo.

—¿Qué tengo que perder? Bien... De acuerdo. —T-Bone sonrió.

—¿Y tú qué dices, grandullón?

—Se supone que tengo que confiar en ti, ¿eh? —dijo Marduke enfadado.

—Eso es.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Porque lo único que tiene un hombre en esta vida es su palabra, Marduke. Y yo te estoy dando la mía. —Raynor miraba fijamente al asesino—. Si te digo que puedes confiar en mí es porque puedes.

—¿Sabes cuántos hombres me han dado su palabra, Raynor? Ni uno de ellos ha cumplido... Diablos, mi vida sería muy distinta si lo hubiesen hecho. Una vez confié en un hombre y terminé asesinando a mis padres. Luego, confié en otro hombre y me costó mi primera barra de estimulantes. Y en otro más que me metió en una «familia» de asesinos y convictos. Todo eso es lo que he sacado de confiar en la palabra de un hombre, marshal. Me encantaría vivir en un mundo donde los hombres hicieran honor a su palabra.

—Te doy la mía —insistió Raynor—. ¿No quieres una segunda oportunidad?

—Ojalá hubiera una segunda oportunidad para los tíos como yo.

—Yo solía pensar de la misma manera —dijo Raynor—. No puedo ofrecértela de otra forma. Mi pregunta es: ¿estás dispuesto a aceptarla?

Marduke inclinó la cabeza. Estaba pensándolo seriamente, sopesando todo. —Voy a confiar en tu palabra, Raynor —dijo finalmente—. Si no cumples con ella, bueno, supongo que no me sorprendería, pero... ¡Diablos! Bien, nunca me han gustado mucho los traficantes de esclavos.

—Entonces, parece que tenemos a algunos traficantes de esclavos que detener, chicos.

Raynor pulsó dos botones de su pulsera y el resplandor que rodeaba los barrotes se desvaneció. Pulsó otro botón y los barrotes de la parte trasera del cubo se elevaron. Raynor abrió el compartimento del buitre y comenzó a sacar las armas de la Confederación. Una lanzagujas, un lanzaproyectiles, un fusil gauss. Y debajo de ellas, había una caja verde con minas araña.

—A que son monas, ¿eh? —bromeó T-Bone—. Cogeré la grande, el gauss.

—No, esa va mejor conmigo —dijo Marduke, haciéndose con el arma sin dudarlo.

—Tengo un plan —dijo Raynor.

* * *

Los cuatro hombres se movieron en silencio, paso a paso, en dirección al depósito de suministros que se encontraba más al sur. Allí fuera, dos miembros del equipo de Mazor revolvían los contenedores, desperdigando las provisiones por el suelo en busca de los mejores productos para robar. Ambos estaban vestidos de negro, sus cabellos eran de colores brillantes y llevaban pendientes. También estaba claro que la idea de afeitarse no era una de sus predilectas.

Raynor y el grupo de convictos se parapetaron la parte trasera del depósito. Jim dio la señal y, entonces, Marduke y T-Bone se movieron hacia el otro lado. Raynor y Rodney avanzaron. Antes de que Rodney supiera siquiera lo que estaba haciendo, Raynor ya había abatido a los bandidos con su rifle; para cuando quisieron darse cuenta de su presencia, Raynor los estaba golpeando en la frente con los suministros. El impacto sonó exactamente como el golpe seco de un sistema hidráulico de extracción de minerales.

El traficante de esclavos cayó de espaldas y quedó tendido sobre un manantial de su propia sangre. El otro bandido cogió su arma y apuntó a Rodney, que todavía intentaba ponerse al día con la situación. Antes de que pudiese actuar, Marduke lo arrinconó y lo levantó por el cuello con su brazo derecho, mientras le cubría la boca con el izquierdo.

—Tráelo aquí atrás. —Raynor arrastró al bandido inconsciente por los pies hacia la sombra, al cobijo del depósito de suministros. Marduke sujetaba al otro canalla. Por más que el hombre intentaba librarse, el colosal convicto lo agarraba con firmeza. Una vez alcanzaron la parte trasera de la construcción, Marduke soltó al traficante de esclavos y le propinó un puñetazo en la mandíbula a velocidad hipersónica. El hombre cayó al suelo y expectoró sangre. Raynor se agachó y tomó la cara del hombre por la barbilla.

—¿Adónde lleváis a los niños y al resto de la gente?

La cabeza del bandido rodó hacia la izquierda como si estuviera flotando sobre un cojinete de bolas. Luego, exhibió una sonrisa bromista bañada en sangre. —Un marshal confederado... Serías un bonito premio. Seguramente vales mucho.

¡ZAS! Esta vez fue el puño de Raynor el que golpeó la cara del bandido. Raynor había aporreado a muchos hombres antes y este no se iría de rositas más fácil que los demás. Cogió su rifle y lo puso en la sien del individuo.

—Acabo de ponerlo en modo silencioso. Te das cuenta de que aquí tengo jurisdicción para aplicar la ley según crea conveniente, ¿no?

—Da igual. Los niños van para subasta, y los investigadores científicos... para la tumba.

—Los investigadores científicos no son tan convenientes como los niños —dijo T-Bone escupiéndolo.

—Aquí el segundo de abordo tiene razón —dijo el bandido—. Luego se giró hacia Rodney y sonrió aún con más ganas. —¿Ves a este de aquí? Este es tu punto débil.

En un abrir y cerrar de ojos, el bandido estaba de pie y a punto de hacerse con el arma de Rodney. Pero antes de que pudiese alcanzarla, Marduke le voló los sesos con el gauss.

—¡Mierda! Seguramente han oído esto —dijo Rodney con la respiración entrecortada.

—Entonces, en marcha. ¡Ahora! Marduke, tú y Smalls id a rescatar a los niños. Seguid esas huellas hacia el este. Todavía no han salido del campamento. Rodney, tú vienes conmigo. Vamos a detener esta matanza. Ah, chicos, no os olvidéis que la señal de esas tobilleras es de largo alcance.

—Hombre de poca fe. —T-Bone sonrió y dijo a Marduke: —Oye, tú, bestia. Vamos a salvar a esos niños.

* * *

Jim y Rodney se dirigieron a la parte trasera del campamento y se acercaron lo máximo posible a las paredes del depósito de suministros, aprovechando la protección que les brindaba. Estaban siguiendo los interminables rastros de las polvorientas pisadas de las víctimas y sus captores, que marchaban de lado a lado. Ahora podían oír voces a poca distancia, detrás del centro de mando. Estaban cerca. Corrieron hacia un muro a la sombra de una gran antena de sónar y miraron cuidadosamente a su alrededor.

—Maldita sea —dijo Raynor mientras tironeaba de la camiseta de Rodney hacia el suelo—. No te levantes. Les están haciendo cavar sus propias tumbas.

Ahora podía verlos: seis investigadores científicos con palas cavaban una enorme fosa. Sobre la tierra, yacía el cuerpo inerte de un séptimo, con un tiro en la cabeza, cubierto por su propia sangre. Detrás de los investigadores científicos estaban Mazor y tres de sus amigos.

Raynor cogió su bolsa y la apoyó sobre el suelo. Dentro estaban las minas araña. —Vale, las colocaremos por aquí y atraeremos a los matones. Cuando te dé la señal, activas el percutor. ¿Entendido?

De repente, Raynor perdió la noción de lo que estaba pasando.

Cuando se giró hacia donde estaba Rodney, se encontró cara a cara con el cañón de una pistola que, de un culatazo, lo dejó tendido en el suelo. Intentó levantar la mirada, pero no era capaz de abrir los párpados. No oía nada... Un zumbido que parecía perforarle la base del cráneo hacía imposible silenciaba todo lo demás. ¿Lo habían flanqueado? ¿Había subestimado a Mazor? ¿Habría dejado este un explorador de guardia? Finalmente, con mucho esfuerzo, Raynor abrió los ojos.

Rodney se alzaba sobre él, y le empujó hacia un lado para hacerse con la bolsa de minas araña.

—Esto me puede suponer una buena suma de dinero. —Rodney miró a Raynor, que apenas tenía los ojos abiertos y estiraba su mano para intentar alcanzarlo. —Quieto, marshal —dijo en un susurro—. ¿No sabes que la gente no cambia? ¡Soy un convicto, idiota!

Y con esas palabras, Rodney aplastó la nariz de Jim de un zapatazo. El mundo de Raynor se oscureció.

* * *

Marduke y T-Bone habían seguido las huellas más allá del depósito de suministros, donde las aeromotos de la banda de Mazor formaban una fila cerca de las torres de conducción de humedad. Al escuchar voces, se tiraron al suelo y avanzaron poco a poco reptando hacia el lugar. Marduke había usado esta técnica infinidad de veces durante su época de oro para abatir a sus enemigos incluso antes de ser visto. Lo había hecho de muchas maneras diferentes: a veces, con una espada; generalmente, con un arma; y, en ocasiones, cuando era necesario, con sus manos desnudas, aunque esta última forma no era de su agrado. Era un trabajo lento y tedioso, y solo sabía que su presa estaba muerta una vez exhalaba un último y sofocado gemido de sus pulmones.

Al principio, cada persona a la que mataba quedaba grabada en su mente. Se le aparecían con más frecuencia durante la noche o cuando estaba solo y libre de distracciones. Pero un buen día se dio cuenta de que eso ya no le suponía un problema. Podía matar sin pestañear, sin pensárselo dos veces, y eso, de alguna manera, era una realidad aún más aterradora que el ser perseguido por los fantasmas de sus víctimas. Pero ahora ya estaba cansado de tantos asesinatos, de las huidas... Curiosamente, su condena en El Indio había sido una bendición para él. Ninguno de sus antiguos socios vendría a solicitar sus servicios. Todo acabaría para él.

«Pero ¿y si...?», pensó.

¿Y si pudiese empezar de nuevo? ¿Qué pasaría si todos pensaran que murió o desapareció en el cruce? Quizás Raynor tuviese razón y entonces un desgraciado como él pudiera contar con una segunda oportunidad. Pero lo primero era lo primero; sus días de asesino todavía no habían acabado. Al menos esta vez los traficantes se lo merecían. Y ni se darían cuenta de qué estaba pasando.

Marduke y T-Bone treparon hasta la punta de las torres de conducción de humedad. Sus ventiladores giraban lentamente intentando atrapar las más efímeras brisas del desierto. Del otro lado, la banda de Mazor cargaba a los jóvenes en su cubo prisión. Se trataba de un modelo más antiguo y los barrotes tenían un aspecto oxidado y frágil debido al tiempo que había pasado en estos páramos áridos. Los niños estaban horrorizados, sus rostros eran el mismísimo retrato del miedo y la consternación.

Cuando uno de los ventiladores hizo el último ruidoso giro, Marduke miró a Smalls y gritó: — ¡Ahora!

Marduke Saul se levantó y atacó, haciendo explotar todo lo que se le cruzaba en su camino con el gauss. El chirrido agudo que provenía de las púas hipersónicas al despedazar carne y hueso era ensordecedor. T-Bone lo seguía a gran velocidad, lanzaproyectiles en alto, dirigiendo potentes disparos a la banda. Los niños corrían presas del pánico; algunos se tiraban al suelo, otros se escondían detrás del cubo. La banda de Mazor realmente no tenía ninguna probabilidad de sobrevivir. Marduke era un profesional y la balanza se había inclinado a su favor con el factor sorpresa. Todo acabó tan pronto como había comenzado. Esa era la ventaja de las armas modernas. El cuerpo humano no estaba preparado para competir con púas que vuelan a velocidades hipersónicas, y ni siquiera la mejor de las armaduras podía detener a un buen tirador.

Marduke se tomó un momento para asimilar la masacre que se había producido. Miró larga y duramente a los temerosos niños que se escondían detrás de todo aquello que podían encontrar: aeromotos buitre, el cubo prisión... Sus lágrimas expresaban una mezcla de alivio, incertidumbre y terror. No entendían si estos hombres estaban aquí para secuestrarlos o para salvarlos. Marduke había pensado en esa posibilidad. Vio el miedo en sus ojos y supo que estaban inseguros.

—Venid, pequeñines. No mordemos... a menos que a las chicas les guste. —T-Bone miraba lascivamente a una de las chicas mayores. Tendría unos dieciséis años, era rubia y hermosa.

—Cierra la boca, Smalls. Mantenla cerrada o te arrancaré la mandíbula de tu maldita cara. — Marduke dedicó a T-Bone Smalls una mirada glacial. Luego, se giró hacia donde estaban los niños. —Ahora estáis a salvo. ¿Me oís? Estáis a salvo. —Era bastante difícil de creer, dado que todo cuando había entorno a ellos era sangre y muerte.

—Tranquilo, grandullón. Solo estoy bromeando. No les tocaría ni un pelo de esas bonitas cabezas. Bueno, quizás a esa sí.

Sin dudar, Marduke levantó a T-Bone por el cuello y lo dejó suspendido en el aire. —He dicho que cierras la boca y que la mantengas cerrada, ¿te enteras?

T-Bone respiraba con dificultad. Ahogándose, soltó el lanzaproyectiles e intentó liberarse de Saul con ayuda de las dos manos. —Está bien —logró decir—. Vamos.

—¡Chicos, chicos! Vale ya.

Marduke se dio la vuelta y vio a Rodney con la pulsera de Raynor en la mano, la que controlaba sus tobilleras. —Suéltalo —dijo Rodney—. Somos libres, salgamos de aquí.

Marduke bajó a Smalls y le soltó el cuello. —¿Qué ha pasado con el marshal?

Rodney sonrió.

—El hombre era demasiado confiado. —Tocó un botón de la pulsera y las tobilleras se abrieron—. ¿A quién le importa? ¿Crees que nos iba a soltar de verdad? ¡Ni de coña! Tenemos aeromotos aquí, y hasta las placas de identificación de los investigadores científicos. Vámonos antes de que llegue la banda de Mazor.

T-Bone se rio a carcajadas. La hilaridad de la situación y el alivio de sentirse libre se apoderaron de él. Ya no había El Indio en el horizonte, y corría mucho menos riesgo.

—«El hombre era demasiado confiado». Vaya, vaya. Buen trabajo, chaval. Y yo que pensé que eras una nenaza.

—¿Está vivo? —preguntó Marduke.

—¿Quién? —respondió Rodney.

—El marshal.

—Creo que sí... No sé. Le metí bastante fuerte. —Rodney caminó hacia las aeromotos. Los niños, que presentían el peligro, se apiñaron cerca del cubo prisión encogidos de miedo.

—Me gusta esa preciosidad de ahí. ¿Y a ti, Rodney? —T-Bone volvió a lanzarle una mirada lasciva a la rubia. Ella se deslizó bajo la pared del cubo prisión, agarrándose a un barroto e intentando esconderse detrás de este.

Marduke observó a los criminales, hombres como él, con pasados inmundos y morales quebrantadas. Hombres que conocía de toda una vida. En ese momento, escuchó la voz de Raynor como un murmullo de la mente: « lo único que tiene un hombre en esta vida es su palabra, Marduke. Y yo te estoy dando la mía».

—¡T-Bone! —gritó.

Cuando Smalls se dio la vuelta, Marduke le dio tal puñetazo en la cara al convicto y con una tan inconmensurable que hizo que cayera al suelo.

—¿Qué demonios estás...? —Pero Rodney no pudo terminar la frase. Marduke lo golpeó en el puente de la nariz, lo que le provocó un desmayo inmediato.

Los niños observaban en total confusión. Habían visto más violencia en la última hora que la que muchos otros habían presenciado en toda sus vida. Nada de esto tenía sentido para ellos.

* * *

—Bueno, bueno, mirad lo que tenemos aquí: un auténtico marshal confederado. —Mazor miró a Raynor con una sonrisa dorada que sugería el sádico deleite de su descubrimiento. Su ojo cibernético amplió la imagen haciendo un ruido.

Raynor parpadeó con dificultad. Sus ojos estaban pegados por la sangre que se había secado a su alrededor. La cara le dolía mucho. Podía sentir cómo se hinchaba como un globo. Apenas si podía distinguir a través de la sangre y la confusión al hombre que lo miraba. Cuando por fin pudo ver, solo dijo: —Mazor.

La gran sonrisa de Mazor brillaba bajo la luz del sol. Se volvió hacia los dos traficantes de esclavos que estaban detrás de él y dijo: —Mirad eso, chicos, soy famoso.

—Un famoso esclavista —dijo Raynor con dificultad. La sangre le corría por la garganta.

—¿Y quién dice que eso sea algo malo? ¡Levántate! —Mazor apuntó su lanzaproyectiles a la cara de Raynor.

Jim miró el cañón del arma. Y así es como iba a acabar la cosa: por perseguir la estúpida idea de que, de alguna manera, podría llegar a ser mejor persona de la que alguna vez fue. Los remordimientos que sentía por su pasado lo habían metido en este lío, y lo sabía. Su patético deseo de compensar las atrocidades que había cometido y de confiar en la idea de que otros también podrían redimirse. ¡Qué inmaduro! ¡Qué ingenuo! Iba a pagar por todos sus errores, pero lo peor es que Liddy y el bebé también pagarían.

—Diablos. —Raynor se levantó tambaleándose. Intentó ponerse recto para poder mirar a Mazor directamente a los ojos. No iba a darle la satisfacción de que lo matara de rodillas o suplicando. Si era así como todo iba a acabar, al menos sería con un poco de dignidad.

Mazor le devolvió la mirada. El servomecanismo chirriaba cuando el ojo cibernético se ajustaba. —Quiero enseñarte algo. Date la vuelta.

—No —dijo Raynor.

—¿No?

—Si vas a matarme, que sea mirándome a los ojos.

Mazor así lo hizo; su mirada era letal. Pero luego su gesto se relajó y dejó entrever una sonrisa de superioridad adornada por un diente de oro y la podredumbre de sus caries. En un instante, la sonrisa desapareció y su rostro exhibió una colérica mirada; hundió el lanzaproyectiles en el vientre de Raynor y este cayó de rodillas en el suelo, escupiendo trozos coagulados de sangre.

Raynor podía oír la cacofonía de risas a su alrededor. Sentía como si sus tripas goteándose desparramaran en su interior. Una vez, el lanzaproyectiles apuntó a su cabeza.

—Marshal, creo que sus servicios en Mar Sara ya no son necesarios.

Jim cerró los ojos. Pensó en cómo había llegado hasta allí. Pensó en sus días junto a Tychus, y en la guerra de aquellos años pasados. Deseó en su fuero interno haber hecho lo suficiente para que la gente lo recordase como un buen hombre. Esperaba que Liddy pensara eso de él cuando llegara el momento de hablar a su hijo de su padre ausente. Inspiró profundamente y se preparó para el olvido.

Exhaló al ritmo de un *ra-ta-ta-tá*, el sonido de las púas hipersónicas al desgarrar la carne. Sus ojos se abrieron de inmediato y observó que ya no había nadie frente a él. Mazor yacía muerto junto a los otros dos traficantes de esclavos. Las púas surcaban el aire a su alrededor mientras los traficantes restantes intentaban escapar sin éxito de la una lluvia de acero. Raynor hizo lo único que podía en ese momento: echarse al suelo y mantener la calma. La nube de polvo que se había levantado le impedía ver qué estaba ocurriendo; solo podía oír los gritos de los hombres desangrándose y el letal traqueteo del arma de fuego.

Aquello pareció durar una eternidad, pero al fin el tiroteo cesó. Una vez la polvareda se hubo asentado, Raynor se encontró mirando al ojo sin vida de Mazor. Su órbita cibernética volvió a enfocarse y el servomecanismo se movió de atrás hacia adelante. Raynor cogió su arma y comenzó a arrastrarse en busca de un lugar donde poder esconderse. No estaba seguro de a quién podía encontrarse y de si pensarían que era amigo o enemigo.

—¿Marshal? —llamó una voz—. Marshal, ya no hay moros en la costa.

Raynor conocía esa voz.

—¿Marduke? —murmuró en voz baja antes de gritar: —Saul, ¿eres tú?

—Mantuve mi palabra, marshal.

Raynor pudo verlo al fin, una figura borrosa en medio del remolino de arena, una silueta musculosa que contrastaba con la intensa luminiscencia enrojecida del crepúsculo. Jim intentó levantarse, pero un dolor punzante en el estómago lo obligó a doblarse. Los cadáveres estaban por todas partes, desperdigados y hechos pedazos hasta el punto de ser irreconocibles. «Qué forma más extraña de redimirse», pensó Jim. Todavía estaba débil y tenía la vista nublada, pero era capaz de mantenerse en pie.

—La pregunta es —dijo Marduke—: ¿mantendrás tú la tuya?

* * *

Raynor estaba casi fuera de Cruce de la Perdición cuando realmente comprendió todo lo que había sucedido. Había recogido a la investigadora científica en Cañón del Juicio y la había traído al campamento base. Juntos, habían enterrado a los muertos. Sabía que esos niños nunca olvidarían ese día, que sus noches estarían llenas de pesadillas durante muchos años; pero también sabía que recordarían lo que él y Marduke habían hecho. Esperaba que se concentrasen más en ese aspecto y que el hecho de que esos dos hombres se enfrentaran a toda la oscuridad que la vida podía haberles traído los reconfortase. Ahora, sus escáneres estaban parpadeando de nuevo y podía oírse a través del comunicador del buitre el bullicio de camiones mineros, naves de evacuación y algunos palurdos intercambiándose pullas. El Indio estaba solo a 320 kilómetros de distancia. Llegarían en cualquier momento.

Sin embargo, en vez de entregar tres prisioneros, solo entregaría dos: T-Bone Smalls y Rodney Oseen. Marduke Saul, el asesino, había muerto en el ataque a la banda de Mazor. Saul y el resto de criminales fueron enterrados junto a unos desgraciados investigadores científicos en una fosa común que tuvieron que cavar ellos mismos.

Esa es la historia que repetía en su cabeza y que se preparaba para contar. Pero la realidad era que Saul se había marchado. Jim era un hombre de palabra y puso a Marduke en libertad con la idea de que pudiera empezar una vida nueva, con esperanzas renovadas y la posibilidad de ser lo que quisiera.

Mientras sentía el silbido del viento en sus oídos, Raynor cruzó la línea oficial de salida y se preguntó si había hecho lo correcto. Se imaginaba a Marduke por Cruce de la Perdición, en dirección al sol poniente, montado en una de las aeromotos de la banda de Mazor igual que él, Jim, pensando en hacer borrón y cuenta nueva (con un poco de suerte). Se preguntaba si eso sería posible, no solo para Marduke, sino también para sí mismo. Quería creer que sí.

Regresaba a casa con Liddy y su bebé, a una vida que nunca imaginó merecer. Era consciente de esa realidad, y se deleitaba en ella. Le encantaba.

FIN